

LA SEPTUAGINTA:

la bendición de Dios en la traducción



Por Debra E. Anderson, PhD.

“Sostenemos y afirmamos que incluso la más mínima traducción de la Biblia en inglés, presentada por quienes comparten nuestra profesión, (...) no solo contiene la Palabra de Dios; *es* la Palabra de Dios. Así como el discurso del rey que dio en el Parlamento y fue traducido en *francés, holandés, italiano y latín*, sigue siendo el discurso del rey, aunque puede que no sea interpretado con la misma gracia por cada traductor, ni quizá con la exactitud de cada frase, ni con el mismo sentido en todos los casos (...) no existe razón para negar que la Palabra traducida sea la Palabra”.¹

Lo que los traductores de la Versión Autorizada (KJV) en inglés dijeron en respuesta a aquellos que se oponían a su trabajo de traducción al traducir la Biblia en inglés ha sido reconocido por ellos y muchos otros a lo largo de los siglos en lo que respecta a traducciones en otros idiomas: la Palabra de Dios traducida sigue siendo la Palabra de Dios. Esto era cierto no solo en cuanto a la versión inglesa, sino también sobre una de las primeras traducciones del Antiguo Testamento en existir, la Septuaginta griega.

El Antiguo Testamento

El pueblo de Dios bajo el Antiguo Pacto hablaba hebreo, y Dios movió a Sus hombres escogidos a escribir Su Palabra en el Antiguo Testamento en hebreo (y en arameo, en algunos pocos versículos). Por muchos siglos esto era suficiente para Su pueblo; podían leer la Ley y enseñarla a sus hijos, como el Señor lo había mandado (Deuteronomio 6). El idioma antiguo de los patriarcas era suficiente para el pueblo, y continuaron usándolo para su beneficio por muchos siglos.

Pero su pecado cambió esto. El pueblo abandonó al Dios de sus Escrituras y sirvió a los ídolos; no guardó el Sábado, como la Ley lo mandaba. Para disciplinar al pueblo, hacerlos volver al Señor y dar a la tierra su descanso del Sábado (2^a de Crónicas 36.21), el Señor envió al pueblo al exilio, a las tierras de los asirios y los babilonios. Las tribus del norte de Israel nunca volvieron, y solo un remanente del sur, la tribu de Judá, fue restituida en la tierra.

Los 70 años de exilio de Judá trajeron muchos cambios en el pueblo. Ya no abandonaron al Dios verdadero ni desobedecieron Su Ley tan abiertamente. Pero al mismo tiempo, ya no eran el pueblo hebreo separado que eran antes. Muchos de ellos habían tomado esposas extranjeras y engendraron hijos que no aprendieron el idioma de sus padres (Nehemías 13.23, 24). Muchos eligieron quedarse en los países a los que habían sido exiliados, donde habían perdido la habilidad de leer el hebreo.

Entre los años 336-324 a.C., Alejandro Magno, rey de Macedonia, conquistó la mayoría del mundo conocido en aquel entonces. Además de ser un gran conquistador militar, también era un conquistador cultural, trayendo consigo la cultura y el idioma griego a sus nuevos territorios. Alejandría, Egipto, se convirtió en la sede de su cultura helenística. Un número considerable de judíos, particularmente los que estaban en Alejandría, aceptaron el griego como su idioma y muchos no aprendieron el idioma de sus padres. Para los judíos, tanto dentro como fuera de Israel, las Escrituras hebreas se habían convertido en un libro cerrado. Incluso la tradición de pasar las Escrituras oralmente de padres a hijos estaba en peligro de desaparecer. El pueblo necesitaba las Escrituras en su propio idioma si querían seguir en la fe.

“Más judíos vivieron fuera de Palestina que adentro. Comunidades judías podían encontrarse en Alejandría (Egipto), Antioquia (Siria), Asia Menor, Grecia e Italia. Muy pocos de ellos hablaban hebreo, ni aun lo leían. Su idioma era el griego, la *lingua franca* del mundo mediterráneo”.²

Adicionalmente, el Antiguo Testamento era un libro cerrado para los que estaban fuera de la nación judía. Dios quería que Su pueblo fuera ‘un reino de sacerdotes, y gente santa.’ (Éxodo 19.6), donde los pueblos de las naciones pudieran huir para buscar salvación. Las Escrituras en hebreo solo hacían esto más difícil, particularmente mientras se acercaba la venida de Aquel que sería la Luz de los gentiles.

La Septuaginta

El problema de la falta de Escrituras fue resuelto alrededor de 250 a.C. con la aparición de la traducción griega de las Escrituras en hebreo, una traducción conocida por milenios como la Septuaginta.

“Esta es la traducción de *setenta* intérpretes, como se los llama comúnmente, que prepararon el camino para nuestro Salvador entre los gentiles a través de predicación escrita, como San Juan Bautista lo hizo entre los *judíos* a través de la misma hablada. (...) el idioma *griego* era famosa y conocida entre los habitantes comunes de *Asia*, por causa de la conquista de los *griegos*, al igual que lo era en las colonias a los que los habían enviado. Por las mismas razones también era conocido en muchos lugares de *Europa*, y de *África* también. Por lo tanto, cuando la Palabra de Dios fue presentada en *griego*, se convirtió en una luz puesta en el candelabro, que alumbraba a todos los que están en la casa, o como una proclamación dada en un mercado, donde la mayoría de las personas pueden escucharla; y, por lo tanto, ese idioma era el más apropiado para llevar las Escrituras, no solo para que los primeros predicadores del Evangelio tuvieran un testigo al cual recurrir, sino también para que los aprendices del momento tuvieran dónde escudriñar y comprobar”.³

La historia de la traducción de la Septuaginta está rodeada de mitos y leyendas. Según Aristeas, un judío helenístico del segundo siglo a.C, Ptolomeo II Filadelfo estableció su corte en Alejandría y quería expandir la biblioteca de ese lugar para añadir tantos libros como fuera posible. El presidente de la biblioteca, Demetrio, le contó al rey sobre el Libro de la Ley de los judíos y lo instó a que los tradujera en griego y los sumara a la biblioteca. Según esta historia, Filadelfo mandó a llamar a 72 eruditos hebreos, de los cuales seis eran de cada tribu de Israel, para que llevaran a cabo la obra. Apartó a estos hombres en la isla de Fares, donde cada uno trabajó por su cuenta en su propia traducción, sin consultarse el uno al otro. Según la leyenda, cuando se reunieron para comparar su trabajo, las 72 copias resultaron idénticas.

Esta historia, si bien es muy poco probable, convenció a muchos de que la Septuaginta poseía una cualidad sobrenatural, lo cual la ayudó a ganarse el reconocimiento que tuvo por varios cientos de años, hasta los tiempos de Jerónimo, aproximadamente cuatrocientos años después de Cristo. Algunos de los judíos talmudistas afirmaron que la Septuaginta era inspirada, diciendo que Dios inspiró el corazón de cada traductor.⁴

“En algún momento del segundo y tercer siglo a.C., la Biblia hebrea (i.e., el Antiguo Testamento) fue traducido en griego. Nadie está seguro de la historia de la Septuaginta con exactitud, pero en las sinagogas judías de habla griega, tenía una amplia aceptación mucho antes del nacimiento de Cristo. Se puede suponer que los judíos habrían resistido una tradición del hebreo al griego, rechazándola como irrespetuosa o despreciándola como una sombra inferior de la verdadera biblia en hebreo. Pero sorprendentemente la nueva traducción fue respetada tanto como el hebreo. Se pensaba que la Septuaginta era *la Biblia misma*”.⁵

Jesús,⁶ los apóstoles y los escritores del Nuevo Testamento también aceptaron la Septuaginta,⁷ usándola en conjunto con el hebreo.

“La versión de la Septuaginta, habiendo sido relevante durante aproximadamente tres siglos antes del tiempo en el que se escribieron los libros del Nuevo Testamento, no es sorprendente que los Apóstoles la usaran muy a menudo en sus citas del Antiguo Testamento. La usaron como una versión honesta en un uso bastante general en el momento que escribieron. No en todas las ocasiones dieron una traducción autoritativa de cada pasaje *de novo*, pero usaron lo que ya era conocido a los oídos de los helenistas convertidos cuando era lo suficientemente acertado para satisfacer el asunto en cuestión”.⁸

Los traductores de la Versión Autorizada (KJV) están de acuerdo con esto.

“La traducción de la *Setenta* disiente del original en muchos lugares, y tampoco se le acerca en claridad, seriedad o majestad; aun así, ¿cuál de los apóstoles la condenó? ¿La condenaron? No, la usaron, (...) lo cual no hubieran hecho, ni hubieran dado el ejemplo de usarla, ni la hubieran recomendado a la Iglesia, si no habría sido digna de ser llamada la Palabra de Dios”.⁹

Quizá uno de los ejemplos más importante del uso de la Septuaginta por parte de los escritores del Nuevo Testamento se encuentra en Mateo 1.23, en el que el escritor del Evangelio cita Isaías 7.14. La palabra hebrea *almah*, de la cual algunos afirman hoy en día que se refiere a una joven en edad para casarse, pero no necesariamente una virgen, se traduce en la Septuaginta como *parthenos*. Esta palabra griega significa ‘virgen’, mostrando que los traductores judíos antes del tiempo de Cristo entendieron la profecía correctamente. Otros traductores judíos después de la llegada de la era cristiana tradujeron la palabra en griego como *neanis*, ‘joven’, para distanciar la profecía de su cumplimiento en Jesús. Mateo cita la Septuaginta, aplicándola a Jesús.

Otros escritores del Nuevo Testamento también usaron la traducción clara de la Septuaginta en sus escritos. En Hebreos 1.6 hay una cita del Salmo 97.7. El pasaje del Antiguo Testamento habla de las “imágenes de talla”, “ídolos” y “dioses”. La última

palabra en hebreo es *elohim* (dioses); la Septuaginta traduce esto como *aggeloi* (ángeles). El libro de Hebreos toma la traducción de la Septuaginta y la incorpora donde se dice que los “ángeles de Dios” adoran a Jesús.

Para los Padres de la Iglesia, la Septuaginta no solo era el Antiguo Testamento que usaban en su estudio, escritura y predicación, sino que fue la que usaron cuando tradujeron el Antiguo Testamento al latín. Con el tiempo llegó a considerarse como el Antiguo Testamento inspirado, incluso por encima del hebreo. Justino Mártir creía que en algunos casos donde el hebreo y el griego diferían, la Septuaginta era el texto correcto y que los judíos habían “sacado muchas Escrituras de las traducciones realizadas por aquellos ancianos”.¹⁰ La mayoría de los Padres citaron de la Septuaginta en vez del hebreo cuando ambos diferían. Ireneo de Lyon cuenta la historia de Aristeas, y dice que “las Escrituras fueron reconocidas como divinas (...) interpretadas [traducidas] por la inspiración de Dios”.¹¹ Clemente de Alejandría dijo que “no fue ajeno a la inspiración de Dios, quien dio la profecía, el producir la traducción y hacerla, por así decirlo, profecía griega”,¹² y fundamentó su afirmación de que el profeta Amós era el padre de Isaías en que las palabras ‘Amós’ y ‘Amoz’ en el griego se escriben igual.¹³

No fue sino hasta el final del cuarto siglo que la iglesia primitiva comenzó a dejar su apego a la Septuaginta. Se hicieron otras traducciones del Antiguo Testamento al griego, principalmente las de Aquila de Sinope, Símaco el ebionita y Teodoción. Estos tres hombres, de los cuales se pensaba que eran judaizantes, produjeron ediciones que demostraban sus tendencias heréticas. El número cada vez mayor de traducciones llevaron a Orígenes a comparar las ediciones, produciendo una Biblia políglota, la Hexapla, que contenía ediciones del hebreo, la Septuaginta y otras traducciones griegas, y que exhibían las diferencias entre ellas.

Jerónimo había traducido el Antiguo Testamento de la Septuaginta al latín por muchos años. En la última parte del siglo, reconoció las diferencias ente la Septuaginta

griega y el hebreo, y comenzó a hacer traducciones de los libros hebreos, principalmente para el beneficio y el uso de sus amigos. “Jerónimo a menudo fue criticado por usar el texto hebreo en lugar de la Septuaginta como la base de su traducción, pero él afirmó correctamente que la Septuaginta no era inspirada y que una mejor traducción podría salir del hebreo, el idioma original del Antiguo Testamento”.¹⁴ En el tiempo de su traducción, la Vulgata ganó importancia y se convirtió en la versión latina aceptada.

Por mil años, la Vulgata fue la versión prominente usada por la iglesia occidental. Pero Dios movió a los reformadores a devolver su atención a la Biblia en los idiomas originales. Incluso en eso, los reformadores—al igual que los judíos en el exilio—reconocieron la necesidad de que el pueblo tuviera las Escrituras en un idioma que pudieran entender. De esta manera, hombres como Lutero y Tyndale usaron los textos en sus idiomas originales como la base de sus obras. Los traductores de la Versión autorizada (KJV) escribieron:

“¿Cómo puede un hombre meditar en lo que no puede entender? ¿Cómo pueden entender algo que se mantiene oculto en un idioma desconocido? Como está escrito, *“mas si yo ignorare el valor del lenguaje, seré extranjero para el que habla, y el que habla será extranjero para mí”*. El apóstol Pablo no excluyó ningún idioma; ni el hebreo más antiguo, ni el griego más opulento, ni el latín más fino (...) La traducción abre la ventana para que entre la luz; la que rompe la cáscara para que podamos comer el fruto; la que remueve la cortina, para que podamos ver en el lugar santo (...)”¹⁵

De esta manera las Escrituras traducidas de los idiomas originales llegaron a estar disponibles para el pueblo a través de Europa.

La Septuaginta en nuestros días

Hoy en día el texto hebreo del Antiguo Testamento está disponible para todos alrededor del mundo. El hebreo traducido a una gran cantidad de idiomas hizo que el Antiguo Testamento estuviera disponible a millones. Lectores griegos tienen el Antiguo Testamento en su propio idioma, que es más fácilmente entendido que la forma anticuada del griego que se encuentra en la Septuaginta.

Sin embargo, la Septuaginta sigue llenando un espacio, particularmente en la traducción bíblica. El hebreo del Antiguo Testamento, si bien es hermoso en su fraseo y forma, no siempre es claro. Así, aunque es inferior al texto hebreo, en algunas ocasiones la Septuaginta es una ayuda útil en la traducción y el estudio del Antiguo Testamento.

El reconocimiento de que nuestro Salvador y Sus discípulos más cercanos usaron una traducción de las Escrituras es muy beneficioso para el cristiano de a pie. Podemos descansar en el conocimiento de que no es necesario leer el griego y el hebreo para poder tener acceso a la Palabra de Dios.

Dios se complació en bendecir la Septuaginta y a Su pueblo a través de ella; tanto así que Le plació dar Su Palabra en una variedad de otras tradiciones e idiomas a Su pueblo a través de los siglos en todo el mundo. ¡Que lo siga haciendo hasta el día en que Su Palabra alcance su cumplimiento final!

Notas al pie de página

¹ *The Translators to the Reader: Being a Reprint of the Original Preface to the Authorized Version of 1611* (London, England: the Trinitarian Bible Society, 1911, 1998), p. 20. Si los traductores de la Versión autorizada hubieran tomado la misma postura en cuanto al exceso de traducciones y ediciones que abundan hoy en día o no sería un debate interesante, sin embargo, debe continuar siendo un punto de especulación. Muchas traducciones se basan completamente en principios textuales y de traducción mucho menos sanos que aquellos a los que estos hombres se adherían y, por lo tanto, desde el punto de vista de esta Sociedad, no son dignas de llamarse la Palabra de Dios.

² Jakob van Bruggen, *The Future of the Bible* (Nashville, TN, USA: Thomas Nelson Inc., Publishers, 1978), p. 37.

³ *Translators to the Reader*, p. 13.

⁴ BT Megilla 9a, Sof 35.

⁵ van Bruggen, pp. 37-8.

⁶ Un ejemplo de un uso de la Septuaginta por parte de Jesús está en Su refutación al Diablo en Mateo 4.4. En Deuteronomio 8.3 el hebreo dice: “de la boca del Señor”; la Septuaginta dice: “de la boca de Dios”. Jesús cita esta última.

⁷ Esto no quiere decir que Jesús o los escritores del Nuevo Testamento pensaban que la Septuaginta era inspirada como lo era la Hebreá, ni que nosotros deberíamos hacer lo mismo. Solo lo que los escritores citaron en sus escritos canónicos debe considerarse inspirado y esto último solo porque lo citaron.

⁸ Lancelot C. L. Brenton, “Introduction” to *The Septuagint with Apocrypha: Greek and English* (Peabody, MA, USA: Hendrickson Publishers, 1986, 1992), p. iv.

⁹ *Translators to the Reader*, p. 21.

¹⁰ Justin, *Dialogue with Trypho*, ch. 71.

¹¹ Irenaeus, *Against Heresies*, 3.21.2.

¹² Clement, *The Miscellanies*, 2.22.

¹³ *Ibid.*, 1.21.

¹⁴ Diana Severance, “The Feisty Jerome: His Bible Legacy Lasted Over 1,000 Years”, *Glimpses Issue #57* [<http://www.gospelcom.net/chi/glimpses/fiftyseven.html>], 1994.

¹⁵ *Translators to the Reader*, p. 12.

Este artículo fue publicado originalmente en *Quarterly Record*, Publicación n. 545
Octubre - Diciembre, 1998
©1998 Trinitarian Bible Society

Lea otros artículos similares en:
www.sociedadbiblicatrinitaria.org

 Sociedad Bíblica **Trinitaria**